



EL CAMINO DEL JENÍZARO

LA TRAVESÍA DE UN BUSCADOR DE LA VERDAD

J.L. Álvarez

EL CAMINO DEL JENÍZARO

LA TRAVESÍA DE UN BUSCADOR DE LA VERDAD



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J.L. Álvarez

ISBN: 978-84-10082-82-3

ISBN digital: 978-84-10082-83-0

Depósito legal: M-4708-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

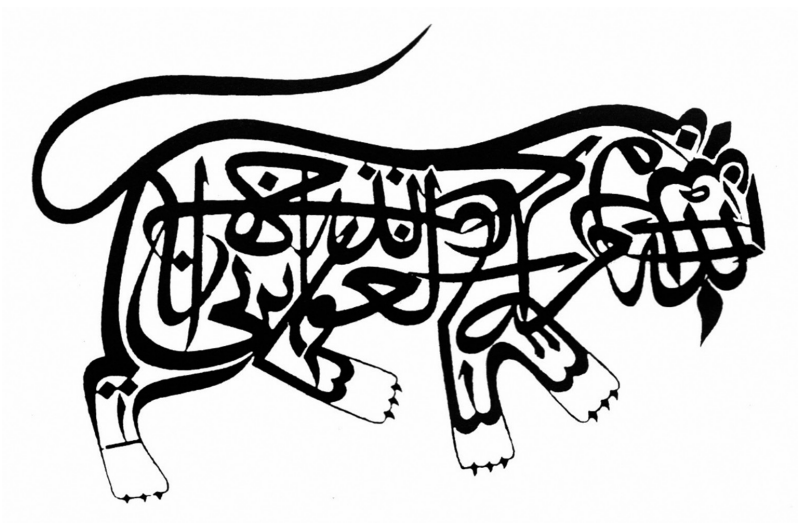
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Andrea, Martina, Jorge y María, mi círculo perfecto.
En recuerdo de mi maestro Alfredo O. (+).*

Todos se dirigen hacia la misma meta, tienen alegría en sus corazones, comparten lo que les ha sido dado y están satisfechos con su suerte. En el camino se darán cuenta de la razón de su existencia, encontrarán que todo en este vasto universo está dentro del ser humano.

IBN ARABI,
El Divino Gobierno del Reino Humano



No te fijas en mi forma exterior, sino toma aquello que tengo en la mano.

RUMI

Introducción al entorno de la época durante el siglo XVI: Europa y Asia Menor

La historia comienza en 1290 cuando un jefe turco llamado Osmán estableció un pequeño reino al noroeste de Asia Menor. Acrecentó su poder y se hizo muy peligroso para los poblados de sus alrededores. Su tribu recibía el nombre de turcos osmanlíes, aunque con el tiempo se deformó para ser llamados turcos otomanos.

En 1453 el sultán otomano Mehmet II ordenó el último asalto del sitio que demolió las históricas e impenetrables murallas de Constantinopla; en sus orígenes denominada Bizancio y desde el 330 d. C. llamada la Nueva Roma, ciudad de Constantino, en honor al emperador romano Constantino I quien a su vez aceptó al cristianismo como religión oficial del Imperio romano.

La conquista de Constantinopla, que a partir de entonces se llamó Estambul, dio al Imperio otomano una capital justo en el margen entre los territorios europeos y asiáticos, con libre acceso a los mares Negro y Mediterráneo.

Para 1520 el sultán Solimán I, apodado el *Magnífico*, ascendería al trono del Imperio otomano tras la inesperada muerte de su padre Selim I. Los dominios hasta entonces comprendían los territorios de Anatolia, Egipto, Siria, Líbano, Palestina, Túnez y Argelia; pero no era suficiente.

Apenas con un año en el trono, Solimán embistió Europa conquistando Hungría y posteriormente Bulgaria, dichas campañas militares serían la antesala y el preámbulo de su desmedida ambición para apoderarse de Europa. A partir de entonces se libraron innumerables batallas en frentes terrestres y marítimos.

Por su parte, España acumulaba poder gracias al reciente descubrimiento de América. El emperador Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, se abanderó como el principal enemigo del sultán Solimán el Magnífico para defender Europa del acecho otomano.

La rivalidad de los Imperios, y a título personal entre sus gobernantes, no se limitó solo a la esfera política, geográfica y militar, sino que se extendió también al campo religioso.

Solimán acogió la causa Islámica al considerarse Califa, es decir, sucesor del profeta Mohammed. Mientras que Carlos V, a su vez, tenía el título de emperador y rey de los romanos, lo que le otorgaba incuestionable autoridad sobre los monarcas europeos para defender a toda costa la paz de la cristiandad...

Capítulo primero: *Birinci*

La captura

1

El ruido estrepitoso de la puerta derribada provocó un lanzamiento de la cazuela rellena de estofado caliente que la madre de Nicolai estaba a punto de servir. Su padre estaba fuera comerciando en lugares distantes como era costumbre. Nicolai, confundido, pegó un salto lleno de fiero instinto colocándose entre los intrusos. Una extraña mezcla de pánico y coraje lo empujó a defender lo más preciado que tenía, su madre. Esta, corrió en busca del pequeño Andréi, su hijito menor de tres años. No hubo tiempo de pensar, les arrojó el único instrumento defensivo a su alcance, el gastado cucharón madera que usarían para servir la merienda. Enseguida se lanzó al ataque solo con sus puños.

La madre se arrastró hasta la esquina gritando injurias de espanto en dialecto búlgaro. Veía como otro maleante se sumaba al intento de sofocar el inesperado desafío de Nicolai. Incrédula y aterrorizada miraba como su hijo asestaba golpes a diestra y siniestra pegándole a uno por uno de los atacantes. Brazos largos y gruesas manos trataban de sujetarlo, pero Nicolai lograba escurrirse sin dejar de aporrear a los bandidos. Eran tres los hombres que lo rodeaban, armados con dagas y espadas extrañamente encorvadas que por fortuna se mantenían ajustadas en sus fajas. Aquel trío

de maleantes parecía venir de una taberna más que ser miembros de un ejército militar. Dos de ellos bajos y rechonchos, el tercero larguirucho y narizón. Vestían ropajes y gorros extraños en colores llamativos. Su apariencia mugrosa y olor irritante, mezcla de sudor agrio con estiércol los hacía todavía más repugnantes.

Nicolai respiraba agitadamente, el miedo lo acechaba. Su vista se nubló de lágrimas que brotaron llenas de rabia y coraje. Levantó su mentón en forma retadora. No permitiría que hicieran daño a su familia. El malandrín más alto lo observaba incrédulo, no era para menos. Esta captura estaba resultando mucho más complicada que las anteriores en donde secuestraron a sus presas sin mayor apuro. Los maleantes se miraron entre sí, ninguno quiso enfrentarse en una pelea abierta con el muchacho. Uno de los rechonchos dio señal de huir en retirada.

El comandante de la tropa se abrió paso a regañadientes y empujones maldiciendo a sus malhechores titubeantes. El descomunal gordinflón mal encarado se abalanzó frente a Nicolai quien lo imaginó como a un oso. El chico dio un paso atrás, tomó impulso y propinó un golpe con su puño derecho pegando seco en la barriga del comandante. Este ni se inmutó. Enseguida descargó una tremenda bofetada en el rostro de Nicolai que retumbó en toda la casa. Se escuchó el grito desconsolado de la madre y comenzó el incesante lloriqueo del pequeño Andréi. Los peludos y pesados brazos del comandante sometieron finalmente al chico. Gruñó una orden a sus soldados quienes se acercaron rápido y con torpeza atando las manos del ahora cautivo.

—¡Devşirme! —gritó el grandulón a la madre señalando a su hijo.

»¡Devşirme! —volvió a gritar más fuerte arrojando una bolsita de cuero con monedas.

La madre sin entender nada miró el rostro de su primogénito. No era más su pequeño. Había crecido al punto de ser un joven que apenas se distinguía entre los hombres.

—¡Nicolai! —chilló la desdichada señora.

Abatido y exhausto levantó su mirada para llevarse la última imagen de su querida madre. Sus ojos azules se enrojecieron con lágrimas. Su cara pálida y asustada no podía con tanto desconcierto.

—Mamá —suspiró para sí mismo mientras lo empujaban hacia fuera.

Momentos después reinó el silencio en la casita de piedra enclavada en las altas y boscosas montañas de Sveti Vrach, antes parte del Reino de Bulgaria. El sonido de la lluvia opacó el sollozo de la madre. Se quedó tendida en el suelo abrazando al pequeño Andréi. Permaneció allí toda la noche. Despierta y tiritando de frío. Envuelta en sus plegarias cristianas invocando incansablemente la ayuda y el consuelo de los ángeles y de los santos.

2

Pasaron incontables días de fatigosa marcha hasta que se detuvieron cerca de un improvisado campamento instalado a las afueras de una aldea. La noche era fría y sin luna. El panorama atemorizó a Nicolai. Pudo distinguir caravanas de hombres y mujeres que iban presos amordazados con gruesas cadenas atadas alrededor del cuello. Había también niños y jóvenes maniatados, entrelazados con cuerdas, sus rostros estaban sucios y tristes. Percibió en el ambiente un sentimiento opresor de cansancio y desasosiego humano.

Algunos soldados descansaban sobre la pastura mientras otros charlaban en voz baja. Fue entonces cuando comenzó la rebatinga entre el comandante y un personaje curioso que había llamado la atención de Nicolai durante el recorrido. Era el único que desentonaba con el resto de los ahora tan familiares y despreciables captores quienes le apodaban el *Judío*. Casi tan delgado como un saco de huesos y medio jorobado, de nariz pronunciada y ojos saltones.

Mientras lo observaba, un sentido de añoranza le asfixió la

garganta. Recordó como desde niño viajó con su padre a tierras griegas, Tesalónica, en donde los judíos abundaban y con quienes discutía por horas hasta vender malbaratando los pesados costales de lana traídos desde su pueblo.

—¡Mentiste con este último Ravid! —protestó el comandante—. Me aseguraste que sería una captura fácil como las demás. ¡Pero ya ves en qué acabó la trifulca! El chico lastimó a dos de mis mejores hombres y por ello descontaré de tu recompensa... —miró al cielo haciendo cuentas mentalmente—. ¡Veinte akçes!

—¡Pero esto es inaceptable, *effendi* Murat! ¿Cómo iba yo a saber que el pequeño granuja sería una amenaza para sus temibles soldados?

El comandante Murat lo observaba con desdén. Sabía que su pretendida avaricia de pagarle menos al judío delator era por demás injusta y sin fundamento.

—¡Usted fue muy claro en el acuerdo para lograr la captura o Devşirme, o como lo llame! —replicó de nuevo el hombrecillo y comenzó a imitar el tono de voz ronca del comandante—: «Necesitamos niños y pubertos cristianos, que no sean hijos únicos. Que no estén enfermos, tullidos o bizcos. Muchachos saludables y bien parecidos de preferencia. No muy altos, pero tampoco enanos».

—¡Pero nunca mencionó nada de bravura, coraje o agallas!

El judío Ravid se percató de haberle subido el tono al jefe. Dos soldados lo rodearon en forma intimidante.

—Así que, por favor, comprenda, *effendi* Murat —tartamudeó finalmente encogiéndose de hombros y abriendo las palmas cual limosnero.

El comandante ordenó con su dedo índice a uno de sus compinches quien le arrojó un bolso pesado de cuero. Era el pago pendiente en monedas de plata, akçes, dinero legítimo usado a lo largo y ancho del gran Imperio otomano.

Ravid lo abrazó como a su propia vida. No pudo contener su sonrisa. Dio unos pasos atrás dando reverencias con la mano. Co-

rrió a tropezones en medio de la obscuridad hasta llegar a su burro. Ajustó la bolsa en la hechiza silla de montar. En un instante, Ravid cabalgaba deprisa en sentido opuesto a la caravana de esclavos. Agradeció y bendijo a los profetas por tan merecida y suculenta ganancia.

3

Una vez en el campamento lo llevaron hasta una carpa color rojo que sobresalía de las demás por su altura y elegancia. El interior estaba cubierto con tapetes regados por el suelo y cojines acolchonados por doquier. La mirada de Nicolai se detuvo en los cestos de frutas y dulces, de pescado seco, pan y variedades de verdura nunca imaginadas por el hambriento chico.

—¿Nombre? —escuchó en lengua búlgara—. ¿Tu nombre, muchacho?

Repitió pausadamente un hombre sentado entre cojines redondos como su pelona cabeza. Había un sinfín de pergaminos tirados en torno a su gruesa figura.

No hubo respuesta. Pasaron unos segundos más hasta que el señor arrojó el cálamo en forma de reproche. La delgada caña hueca desparramó su tinta manchando el pergamino restirado sobre el taburete. Con los dedos entintados, el escribano jefe de la incursión dio una seña al guardia para que castigara al rebelde mozalbeta.

—Nicolai —dijo finalmente.

El respetable Reisü'l-küttab limpió minuciosamente con una esponja húmeda el batidero de tinta. Reanudó su escrito en caligrafía persa. Eran los registros del año 927 de la Hégira, 1521 de la era cristiana. El escribano narraba los hechos del reciente Devşirme. La leva infantil era un reclutamiento por fuerza de jóvenes cristianos capturados bajo decreto oficial a manera de impuesto sobre los pueblos y reinos sometidos al Imperio otomano.

—¿Nombre de tu padre?

—Sergei Stoyanov.

—¿Nombre de tu aldea?

—Sveti Vratch.

—¿Religión? Infiel por supuesto —se respondió a sí mismo en modo sarcástico.

Levantó la mirada observándolo con detenimiento.

—¿Cuántos años tienes, Nicolai?

—Catorce —respondió con sobriedad.

—Bien. Suficientemente alto, piel blanca, cuerpo delgado pero macizo, cabello negro.

El escribano hablaba en voz alta mientras redactaba la descripción física del mancebo.

—Ojos azules, nariz recta. Facciones muy agradables en general —concluyó mientras le sonreía de forma extraña para sorpresa de Nicolai.

—Esto será todo, muchacho. Ahora te llevarán con el resto de los esclavos capturados —afirmó el escribano retomando su aspecto serio inicial.

Enseguida mandó al guardia en turco para que lo retiraran. El chico sintió ganas de preguntarle ¿En dónde estaba y cuál sería su destino?, pero vaciló haciendo caso a su instinto. Hubo algo en aquel jefe rechoncho que no le inspiraba confianza.

—¡Nicolai! —gritó el escribano.

Apenas se daba vuelta cuando atrapó en el aire con sus manos atadas un pedazo de helva, dulcecillo turco a base de pasta de sésamo, miel y pistacho. Su panza rugió de alegría. Miró al escribano mostrando una media sonrisa en señal de gracias.

Recién salía de la carpa cuando lo sacudió un fuerte empujón tirándolo bruscamente al suelo. Con su rostro cubierto de polvo pudo ver cómo un chiquillo emergía de la fila de esclavos recogiendo el dulce de helva que estuvo a punto de probar.

Una mano enorme y velluda lo levantó en el aire jalándolo de sus ropajes. Nicolai se dio cuenta para su mala suerte que se trataba de nuevo del comandante Murat, ahora más enfurecido que antes. Estaba rojo y escupía burbujas de saliva entre sus bigotes oscuros y retorcidos mientras vociferaba a los gritos señalando a un extremo del campamento. Varios soldados se apresuraron aporreándolo a zapes e insultos hasta entrar en una maltrecha tienda. El olor era repugnante. Enfermos y heridos se quejaban lastimosamente amontonados sobre mugrientos tapetes.

Pronto apareció un viejecillo delgado, de tez morena y con enormes barbas blancas quien portaba un turbante. Tenía los ojos cansados con ojeras del tipo arabescas. Nicolai se quedó helado al ver que en su mano sostenía una reluciente y filosa navaja. A pesar del espanto, el cirujano no parecía amenazador. Comenzó el forcejeo hasta quedar firmemente recostado en una mesa de madera cubierta de mantas manchadas de sangre. Tuvo el fatal presentimiento de que aquello lo marcaría por el resto de su vida. Amarraron sus piernas y antebrazos con tiras de cuero, quedó inmóvil y comprendió que alebrestarse causaría un desenlace terrible. Levantó su cabeza para ver al gigante Murat acompañado de sus secuaces, cruzado de brazos y sonriente. Entonces supo que estaba perdido.

Lo despojaron de sus pantaloncillos cortándolos de un tajo. Quedó expuesto y los soldados no tardaron en hacer burla. La rabia se convirtió en vergüenza. Reapareció el cirujano vertiendo un líquido amarillento de olor amargo. Acercó la navaja y comenzó a cortar lentamente el pellejo que hacía forma de capuchón del pene de Nicolai. Apretó los dientes dejando salir rugidos de ardor e indignación. Cerró los ojos, esperanzado de que así sucumbiera el terrible dolor y la pena que estaba sufriendo.

No tardó mucho en limpiar la sangre y suturar hábilmente la circuncisión realizada exitosamente a pesar de la falta de anestesia y provisiones como era debido. Enseguida lo soltaron obligándole a dar un trago del mismo brebaje usado para desinfectar sus partes. El fuego en su garganta desvió la atención del inaguantable dolor

y se volcó de lado llevando las manos temblorosas a su entrepierna para aliviar la desazón. Quedó aturdido y casi inconsciente.

El comandante Murat dio un gesto de aprobación al cirujano antes de marcharse, este le respondió por cortesía más que por agrado. Hassim, el médico persa nacido en la ciudad de Tabriz sabía perfectamente de haber actuado en contra del procedimiento tradicional. Todos los esclavos deberían ser llevados intactos, no lastimados y bien alimentados hasta Estambul. Una vez allí, serían entregados a los escoltas del Aghá, comandante supremo de los jenízaros, para que ante su presencia el cirujano circuncidara uno por uno a los muchachos recién capturados con los utensilios y sedantes necesarios.

4

Más tardó en cicatrizar la herida del infortunado Nicolai, antes de que todos en la caravana de esclavos se enteraran de lo ocurrido. Se hablaba en voz baja y con cierta admiración del coraje con que se había defendido del sanguinario Murat y sus mercenarios durante la captura. Más aún de cómo afrontó dignamente el rebanado de su miembro. Como era de esperarse, se esparció un chismorreo en diversos idiomas exagerando todas las versiones hasta convertir a Nicolai en un héroe improvisado. Era común que las personas entendieran al menos tres o cuatro lenguas entre griego, búlgaro, italiano, turco, árabe y persa.

Se levantó el campamento para emprender la marcha en dirección a Edirne, antes conocida como la ciudad griega de Adrianópolis, punto que fungía como antesala de Estambul, destino final de la desdichada caravana.

El cirujano se ocupó de la recuperación del chico, hubo algo particular que le llamó la atención. La circuncisión forzada era insignificante comparado a las amputaciones de soldados heridos en el frente, o con las infecciones y fiebres avanzadas. En el peor de los casos atendía pacientes infestados de peste.

Hassim era un hombre de estatura media, liviano como una pluma, de mirada profunda y tez curtida por el sol que contrastaba con sus barbas blancas que hacían juego con su turbante. Sirvió por muchos años como cirujano en las campañas del sultán Selim I, apodado el *Feroz*, recién fallecido y padre del actual sultán del Imperio otomano. En tan solo tres años, el sultán Selim se convirtió en amo y señor de Persia y Egipto. Desde su apresamiento en Tabriz, Hassim recorrió los vastos territorios del Imperio asistiendo en campos de batalla y otras encomiendas relacionadas con su oficio de médico.

Era parte de su encargo el circuncidar a cientos de niños y jóvenes, tanto a los naturales musulmanes como a los capturados por medio del *Devşirme*. El cirujano sabía reconocer la fuerza interior propia de aquellos muchachos que, partiendo de la mala fortuna de ser capturados y convertidos en esclavos, caminaban pacientemente y con coraje a través de las desventuras que les presentaba la vida hasta convertirse en grandes personajes del Imperio otomano.

Se trepó a la carreta acomodada con tapetes persas hábilmente tejidos por sus antepasados artesanos y lo observó con detenimiento. Allí estaba Nicolai, tendido y con la mirada perdida en la nada, claramente perturbado. El cirujano le alcanzó un plato de *ayran*, yogurt de leche de cabra. Tras dudar un segundo, su mano guiada por el hambre arrebató instintivamente la ofrenda de forma salvaje. Casi atragantándose apenas saboreó el extraño manjar agridulce con trozos de dátiles secos.

Nicolai se incorporó con cuidado. Su miembro sufría una leve hinchazón que provocaba un agudo dolor. Miró el atuendo que traía puesto y en el que seguramente lo habían envuelto al quedar inconsciente, una túnica roja con gorro que cubría su cabeza.

—Efgaristó, gracias —dijo muy a la fuerza en griego.

Pensaba que en este idioma seguramente podría comunicarse con la primera persona que le fuera amable. El viejo Hassim mostró sus amarillos dientes con una amplia sonrisa.

—Parakaló, por favor —respondió Hassim hablando en un griego muy claro para sorpresa del chico.

Le incitó con su mano señalando a que bebiera más de aquel alimento mezclado con ingredientes turcos y persas.

—La túnica roja con capuchón es para que los soldados puedan identificar a los esclavos que intenten huir. Mi nombre es Hassim Abdullah.

—Me llamo...

—Nicolai —se adelantó el cirujano—. Ahora muchos conocen tu nombre. Uno de los soldados que golpeaste se encargó de divulgar lo sucedido durante tu captura.

El viejo se acercó de forma confidente, no sin antes mirar hacia los lados.

—Los rumores de tu valentía se esparcieron como pólvora y no es cualquier cosa. Inmediatamente se incrementó tu valor de venta en el mercado de esclavos que será mucho más alto que el resto. ¡Esto puso como loco al mentecato Murat! ¿Ahora comprendes? Lo hizo poner en ridículo ante los demás comandantes. ¡Desde entonces ha sido víctima de burlescas bromas sobre su endeble escuadra de soldaduchos!

—Por mi parte, muchacho —se puso serio—, lo siento por haber tenido que acatar la orden. No es la forma común de circuncidar a los recién capturados. Esto fue una venganza abierto de la bestia de Murat.

Nicolai se quedó absorto y meditabundo en sus pensamientos. El odio corría por sus venas, recordó el momento de la captura, aquellos soldados eran mayores, mucho más fuertes y estaban armados. Si pudiera apretaría con todas sus fuerzas el pescuezo de cada uno, con Murat utilizaría una soga; eran los causantes de su insoportable pesadumbre. La desesperación se hizo sentir, miró alrededor buscando por donde escapar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Marchamos hacia Estambul, la capital del Imperio.

El chico lo miró con una incógnita en el rostro.

—Tú, al igual que la mayoría de los presos de esta caravana, son cristianos y han sido capturados como esclavos para servir al Imperio.

—¿Al Imperio?

—Al Imperio otomano, del cual todos somos súbditos. Algunos muchachos serán designados en los palacios como pajes y mozos. Otros en los diferentes cuerpos del ejército, incluso unos cuantos quedarán al servicio personal del sultán.

—¿O sea que he sido capturado por ser cristiano? —frunció el ceño.

—En parte sí, la ley islámica es muy clara sobre quien puede, o no, ser esclavizado. En principio, cualquiera que no sea musulmán... puede ser esclavo.

Tardó un instante en asimilar lo que escuchaba. La razón de esta tortura y de un destino como esclavo, ¿por ser de otra religión? No, no podía ser. Nunca lo aceptaría. En ese momento se prometió a sí mismo que buscaría siempre la forma de escapar para regresar a casa. No sería esclavo de nadie.

—Vaya suerte la mía. No creo que usted sea cristiano, al menos del tipo que yo conozco, entonces ¿por qué esta aquí?

—En mi caso, no soy un esclavo y es verdad que se prohíbe la esclavitud hacia los propios musulmanes. Digamos que soy musulmán y súbdito al servicio del Imperio y del sultán.

»Me pagan por mi oficio y soy de alguna manera un hombre libre. Hace muchos años fui presa del saqueo. Me privaron por la fuerza de mis bienes y de mi familia. ¡Pero ese es otro tema! —concluyó con mirada ausente.

Afloró un sentimiento de solidaridad y aprecio hacia el viejo apenas conocido. A pesar de su longeva edad y aparente fragilidad había algo en él que emanaba una fuerza interior invisible a través de su persona.

Evaluó fríamente su situación. Por ahora era imposible escapar, había el mismo número de soldados que de cautivos. Por otro lado,

el cirujano se mostraba sincero y hasta cierto punto amigable. No tenía razón para no conversar con él, aunque no estuviera con ánimo de muchas palabras.

—Cerca de mi aldea hay una parroquia —se animó a revelar el chico—. El cura es tan pobre como nosotros, pero este se lamenta continuamente de su pobreza. Se decía incluso que había vendido los ornamentos de la parroquia y siempre exigía que le pagaran el diezmo, o seríamos, según él, condenados a los fuegos eternos.

»Siendo sincero, señor Hassim, nunca pude entender ni una pizca de lo que hablaba el párroco durante la misa en latín, decían que se recitaban pasajes de las escrituras del libro sagrado. Para empezar, ninguno en la aldea sabía el idioma y peor aún, en mi interior siempre quedaron preguntas sin responder. Jamás comprendí gran cosa de la religión, y ahora lo peor, nada más por ser cristiano he sido capturado y en una de esas seré esclavo por el resto de mi vida. Entonces, a quién le debo pedir ayuda... ¿a Dios? —dijo sarcásticamente—. Estoy perdido.

Le sorprendieron las razones del muchacho, evidentemente estaba fastidiado. Ahora lo veía como a un adulto más despierto que la mayoría de los hombres con quien convivía a lo largo de su recorrido.

—En principio sí, a Dios puedes pedir toda la ayuda que necesites —atajó el médico—, aunque más importante es saber pedirla de manera correcta, pero llegaremos a eso más adelante. Entiendo cómo te sientes Nicolai. Mira que no necesariamente serás esclavo el resto de tu vida, bueno sí pero no, es decir, tu vida y libertad dependerán siempre del sultán. Pero podrás andar libremente una vez que seas asignado dentro del Imperio. ¿A qué te refieres cuando dices que quedaron preguntas sin respuesta?

Nicolai lo veía de reojo, no recordaba haber platicado con alguien sobre temas semejantes.

—Desde niño atiborraba de preguntas a mi madre sobre lo que decía el párroco en la misa. ¿Quién era Dios y por qué nos conde-

naría al fuego eterno? ¿En dónde vivía Dios y por qué solo el cura lo conocía? ¿Por qué debería interesarme en Dios y la religión si nadie me explicaba nada? ¿Cuál era la razón de mi existir y si acaso Dios tuviera algo que ver con ello?

»Mi madre me callaba ordenando que no hiciera ese tipo de preguntas. Me lavaba la boca con vinagre mientras recitaba todo tipo de rezos persignándose una y otra vez. Fue así por mucho tiempo hasta que dejé de insistir para no inquietarla más.

Hassim parecía divertido con la historia del mancebo, se peinaba la barba blanca con su mano. El día estaba soleado y la charla se ponía interesante. Ambos estaban tumbados sobre la carreta conducida por mulas. El ritmo de la caravana era lento. A su lado, animales de carga transportaban las tiendas envueltas del campamento y los esclavos caminaban vigilados por soldados a caballo.

—De modo que has sido capturado por ser cristiano, a pesar de que no comprendes lo que esto significa.

—En realidad, nunca entendí mucho y creo que menos ahora.

—Bueno, basta ya de lamentos. Algunos suelen decir que «las cosas pasan por algo». Si lo ves desde este punto de vista, te darás cuenta de que, si te hubieras quedado en tu aldea, posiblemente nunca habrías encontrado respuestas a tales cuestionamientos sobre Dios y tu existencia como ser humano, y ¿Qué cosa hay más importante que eso en la vida? ¿Te imaginas vagar por años sin tener respuestas en tu interior? Con el paso del tiempo te volverías loco como mucha gente, o bien hubieras vagado de aquí para allá sin encontrar un sentido a tu vida. Así que nunca sabes amigo, tal vez dentro de todo lo malo que te ha sucedido, exista en el fondo una oportunidad que podría cambiar el rumbo de tu vida y existencia.

Nicolai suspiró, seguía metido en sus propias reflexiones. Pensaba en las palabras del viejo Hassim. Recordó a la mayoría de los aldeanos que, a pesar de saberse cristianos, seguían creyendo en los espíritus de las montañas, de los ríos y de los árboles. Llevaban puestos amuletos y pronunciaban todo tipo de encantamientos.

Hacían rituales y sacrificios a escondidas, luego siempre aparecían de nuevo en las misas aparentemente muy devotos.

—Eres cristiano, pero nunca entendiste nada. Te has hecho preguntas que quedaron sin respuesta. Entonces ¿cuáles son tus creencias, muchacho?

El chico desvió la mirada, ahora si parecía totalmente perdido.

—No lo sé, señor Hassim, a veces pienso que es algo que todavía sigo buscando...

5

El viaje de la jornada fue particularmente largo y cansado. La caravana seguía en marcha incluso durante la noche. Las antorchas alumbraban el camino formando una gran serpiente. Jinetes armados mantenían unido el gran contingente humano.

Hassim atendió a los enfermos durante el día. Muchos esclavos cayeron deshidratados y exhaustos de tanto caminar. Les curaba las llagas de los pies y se encargaba de que recibieran agua y alimento. Tenía más vitalidad que cualquier joven yendo y viniendo hasta que los abrazó la noche.

Nicolai dormitaba despierto en su carreta, se sentía mucho mejor. A la mañana siguiente lo regresaría a las filas con el resto de los esclavos. La luna estaba justo en lo más alto. Comenzaba a reflexionar de nuevo sobre su desdichada realidad buscando respuestas a preguntas nada fáciles de contestar. «¿Por qué me ha sucedido esto a mí? ¿Hay algún propósito en el fondo como dice el viejo Hassim? De toda la aldea pudieron haber capturado a cualquiera de las otras familias. ¿Por qué fui yo el elegido? ¿Acaso es mera casualidad? ¿Cómo terminará todo esto?».

Como por arte de magia apareció el cirujano. Nicolai observó cómo se trepaba ágilmente al carromato mientras seguía en marcha. Parecía agotado pero satisfecho al terminar un pesado día de trabajo.

Las palabras de Hassim llegaron tal y como si en verdad hubiese estado escuchado sus pensamientos.

—Hay momentos en este viaje que pueden parecer muy difíciles —comenzó sin preámbulos—. Y se hacen aún más complicados debido a nuestro modo ordinario de enfrentar las situaciones.

El chico se acomodó entre los tapetes. No eran palabras para tomar a la ligera. Entendió que no se refería al viaje que realizaban en aquel momento.

—No debes alimentar el fuego de la negatividad en tu condición actual. Las penas y el dolor son debidos al sufrimiento que se forja en tu mente. ¡Este sufrimiento te aprisiona y no te llevará a ningún lado! Es necesario que sigas adelante con un corazón lleno de valentía.

—Lo dice muy fácil, pero no puedo dejar de pensar en mi mala suerte, señor Hassim. Nunca entenderé... ¿Por qué me ha sucedido esto a mí? ¿Por qué existe el mal en las personas? ¿Por qué hay hombres como el comandante Murat que pueden hacer y deshacer disponiendo la vida de los demás sin mayor apuro? ¿Por qué lo permiten?

Se quedó pensativo el cirujano. Tras un instante comentó:

—Eso no te lo puedo responder, muchacho. Pero a cambio te contaré un antiguo cuento derviche que solía recitarse entre mis amigos de Tabriz y que tal vez nos pueda decir algo al respecto de tus preguntas.

El viejo se ajustó el turbante y comenzó su relato.

—¡Idiota! ¡Inútil! ¡Estúpido animal!

Hassim gritó y agitó las manos haciendo muecas divertidas ante los ojos atónitos de Nicolai.

—Así gritaba el dueño de un asno mientras le propinaba patadas al pobre animal que andaba sonsamente cargando sus pertenencias.

»“¿De qué me sirves? ¿De qué le sirves a nadie? ¿De qué le sirves al mundo? ¡Por culpa de tu naturaleza animal has vivido la vida en vano!” le recriminaba.

»Transcurrieron horas andando por el camino. El dueño le seguía dando duro y duro con la crítica violenta e injuriosa, pateando y aporreando al asno que a su vez seguía tranquilamente lo mejor que podía su marcha. A cierto punto pasaron al lado de un hombre sabio.

»“¿Por qué razón tratas así al animal?”, le preguntó al dueño. “La bestia no podrá aprender mucho de ti. No está en su naturaleza. Por lo tanto, deja de gritar y ¡aprende en cambio tú del asno!”.

»“¿Aprender algo de esta bestia?”, farfulló el dueño. “¿Qué es lo que me puede enseñar este bruto?”.

»“Para empezar”, le indicó el sabio. “¡Paciencia y silencio en presencia de un asno!”.

Nicolai dio vuelo a una de serie de risotadas ante la majestuosa actuación de Hassim. Se imaginaba la similitud del personaje del dueño del asno con el comandante Murat. El viejo terminó de reír junto al chico mientras recobraba el aliento. Adoptó una postura más relajada y entonces prosiguió:

—En las antiguas tradiciones se sabe que los cuentos y las fábulas se utilizan para transmitir algunas ideas y no solamente para entretener a quienes las escuchan. Hay un conocimiento escondido y que no se puede expresar de ninguna otra manera. De hecho, muchas historias han sido pensadas por gente que sabía exactamente lo que estaba haciendo y que sabía por igual, todo lo que se puede lograr con tales historietas.

»Yo nunca pensé que los cuentos tuvieran otro propósito además de entretener. Desde pequeño en las noches se prendía un fuego, los abuelos nos reunían para escuchar leyendas de nuestros antepasados.

»No hay un solo pueblo que no tenga sus historias. A los niños se les educa con cuentos. ¡Hasta las religiones basan en ellos sus enseñanzas de moral! Pero si pones un poquito de atención, verás que hay una enorme cantidad de conocimiento valioso oculto en los cuentos populares.

»Pero bueno, muchacho, el día ha sido pesado y tú ya estás prácticamente recuperado. Mañana verás que las cosas serán siempre mejores. No pienses demasiado y recuérdate de seguir adelante con un corazón lleno de valentía. Buenas noches y mejores sueños amigo Nicolai.

El viejo médico bajó de la carreta tan livianamente como se había subido. Nicolai se despidió con la mano y con el corazón un poco más alegre. Las estrellas abundaban. La noche era fresca. Se abrigó en su ropón carmesí escuchando el bufar de los animales y el crujir de las ruedas de madera. Su mente se cobijó de recuerdos familiares reunidos alrededor del fuego y esperanza sobre mejores tiempos hasta que cayó rendido.

Un soldado se detuvo frente al carromato, lo despertó bruscamente e hizo señas para que lo acompañara. Estaba amaneciendo y la caravana se había unido con otro contingente que provenía de realizar una incursión similar de leva infantil más al norte. Peones y esclavos trabajaban bajo los gritos de soldados para levantar de nuevo el campamento a punto de concluir el trayecto hacia Edirne.

Nicolai dudó por un instante. Miró a su alrededor para ver si encontraba al viejo Hassim. No tuvo más opción que bajar y seguir al soldado. Todo parecía normal, cada quién trabajaba ensimismado en sus labores armando las tiendas o dando de comer y beber a los animales. Identificó la carpa del escribano jefe. El muchacho entró cauteloso y para su sorpresa se encontró con el cirujano Hassim de pie a un lado del regordete personaje.

—Stoyanov, Nicolai.

Pronunció en voz alta. Enseguida se dirigió a Hassim hablando en turco. El cirujano volteaba de tanto en tanto a mirar al joven y asentía a las preguntas que indicaba el venerable Reisü'l-küttab.

—Tu condición actual es la de «esclavo del Imperio». A partir de ahora eres considerado como un kapikulu. Tu vida le pertenece a Solimán El Magnífico. El Gran Señor, Soberano de los persas y de los árabes. ¡Héroe de todos ellos, orgullo de la tierra y del tiempo! Señor del Mediterráneo y del Mar Negro; de la glorificada

Kaaba y de la iluminada Medina, de la noble Jerusalén y del trono de Egipto, de la provincia de Yemen, de Bagdad y de Basora, Al-Hasay, de la ciudad de Nushirvan.

El escribano jefe tomó una pausa para recobrar aliento y mirar al boquiabierto jovenzuelo.

—De las tierras de Argelia y Azerbaiyán, de las estepas de Kipchak y de la tierra de los tártaros, del Kurdistán, de los campos de Rumelia, de Anatolia, de Valaquia y Moldavia y muchos otros valiosos reinos y países: Sultán y Padisha.

Agotado de la recitación nobiliaria de los títulos del actual gobernante supremo del Imperio otomano, concluyó severamente:

—¡En ningún momento lo olvides!

Cambiando a un tono más afable, continuó:

—Le ha sido concedido al noble cirujano Hassim Abdullah tenerte como aprendiz y mozo para realizar su oficio durante el tiempo que resta en la expedición hacia la gloriosa ciudad de Estambul, capital de nuestro gran Imperio.

»No deberás separarte a más de diez pasos de tu mentor. En caso contrario serás apresado y llevado con el resto de los esclavos, no sin antes recibir tu merecido castigo por desatender este mandato.

Terminó sus últimas anotaciones y arrojó el pergamino al cesto, desvió la mirada y con su silencio dio por concluida la sesión. Se acercó uno de los guardias con su espada desenvainada y de un tajo cortó la sogá que ataba las manos del chico.

—No te separes —indicó Hassim caminando apresuradamente hacia su maltrecha tienda que servía como enfermería de la caravana.

Durante los días siguientes se dedicaron a labores de curación de pacientes incluyendo soldados, esclavos y habitantes de aldeas que se acercaban a vender sus bienes y de paso acudían al cirujano con sus pesares implorando remedio.

El chico limpiaba los instrumentos, los acomodaba en sus cajitas y brindaba consuelo a los pacientes adoloridos. Tan pronto

terminaba una tarea se apresuraba para recibir más órdenes de su mentor.

Nicolai buscaba cada tanto un espacio para conversar con el viejo Hassim. Quería saber más sobre los temas que habían platicado días atrás y le causaba curiosidad todo lo referente a su vida y a su forma tan diferente de entender y de «hacer» las cosas. Lo observaba mientras trabajaba con algún paciente. Parecía estar plenamente concentrado en cada curación que realizaba, absorto en cada momento como si se le fuera a escapar algún mínimo detalle.

En una ocasión después de haber extraído una muela infectada a un dolorido campesino, Nicolai le preguntó la razón de su excesiva dedicación y concentración en cada momento.

—Trata de estar presente, aquí y ahora —respondió tajante el cirujano—. En cada momento y en cada cosa que hagas. Procúralo siempre y tal vez, con la bendición de Dios, podrás llegar a experimentar «la presencia».

Sin más, se volvió para atender a otro paciente pálido y sudoroso quien después de dos días con el estómago suelto se retorció con tremendas punzadas abdominales. Nicolai le siguió para sujetar al enfermo. Hassim le hizo dar tragos de un brebaje caliente mezclado con hierbas hasta que por fin se recostó tranquilo cayendo en un sueño profundo.

—¿A qué se refiere con la presencia, señor Hassim?

—Es estar presente en lo que uno está haciendo, pero de manera consciente, en cualquier tarea que llesves a cabo, por simple que parezca. Para lograrlo hay que estar presente con todo tu ser: con tu mente y cuerpo e incluso con tu parte espiritual, como sea que la puedas comprender por ahora. Si vas a comer entonces dedícate a comer, si estás trabajando pon toda tu atención y presencia en el trabajo. Si estás rezando, reza. Si lo practicas, poco a poco y hasta en lo más básico y elemental, te darás cuenta de que cada vez se hará más fácil. Debes procurar el recuerdo de la presencia en ti.

—Pero y ¿qué beneficio tendré practicando la presencia? ¿Acaso no estoy yo presente en este momento?

—Si estás o no presente ahora, es algo que tendrás que saber tú mismo y a su debido tiempo. Muchas de las respuestas a tus preguntas las tendrás que ir revelando bajo tu propio esfuerzo. No es que uno se sienta, hace mil preguntas y se queda esperando a que le lleguen las respuestas. ¡No funciona así! Si así lo hiciéramos seguramente te confundiría más y hasta te provocaría un daño. Lo que hay que hacer en cambio, es seguir buscando hasta que por medio de la experiencia y la asistencia correcta te lleguen las respuestas y esto lo podrás hacer si cada vez más te recuerdas a ti mismo de estar presente. Así nunca perderás las oportunidades que se te presenten en la vida.

—Mira, muchacho, en este plano, estar presente significa darle valor a tu tiempo viviendo en el momento presente, ya que si no estás en el presente ¿en dónde estás?

Nicolai lo observaba meditativo y un tanto escéptico. Nunca se había hecho tales cuestionamientos, pero comenzaba a entrever la relevancia de los mismos.

—Entonces, si me concentro con la mente en lo que hago en ese momento ¿Lograría entonces la presencia?

—No necesariamente. No es por medio de la mente como se obtienen resultados. Por el contrario, es muy fácil dejarse llevar por la mente y vagar de forma inútil hacia donde tu imaginación te lleve. Si te das cuenta, la mayoría de las personas que están «haciendo algo» generalmente están divagando con su mente mientras lo hacen, se la pasan «pensando», ya sea en cosas del pasado, cosas que sucedieron o que hubieran querido que sucedieran de cierta forma.

—Es muy común que estén platicando ociosamente consigo mismos sin tener control de su dialogo interno, o bien, fantaseando sobre aspectos del futuro. Caer en este juego de la mente es una pérdida de tiempo y una falta de atención que provoca estar distraído y no presente. Una técnica que te puede resultar de ayuda para lograr estar presente es la de seguir la respiración, seguirla de manera constante mientras uno realiza aquello que esté haciendo.

Mientras el médico escuchaba sus inquietudes sobre la vida, la razón de existir de los hombres, sobre Dios y las religiones, el chico advertía que tal vez Hassim escondía cierto tipo de conocimiento. Había ocasiones en que le respondía claramente a sus preguntas, otras tantas el viejo contestaba interrogando a Nicolai para que reflexionara durante varios días hasta que encontrara la respuesta por sí mismo. A ciertas cuestiones el cirujano no le respondía y simplemente argumentaba: «Ten paciencia, sigue buscando y si estás lo suficientemente atento, la respuesta llegará por sí sola en su debido momento».

Así pasaron los últimos días del recorrido en la caravana que se acercaba cada vez más a Estambul. Nicolai se acostumbró al trabajo con el médico, a las charlas y a los fragmentos de enseñanza que recibía, a su vez el viejo reconocía la búsqueda sincera del chico. No le cabía duda de que era un buscador de la Verdad, o como se había referido hacía mucho tiempo uno de sus maestros: «Era uno de aquellos que han sido habitantes de la casa y que ahora se encuentran perdidos». En esencia y de diferente forma, Nicolai cuestionaba sobre las razones primordiales de la existencia. ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué es lo que estamos haciendo? Todos estos eran planteamientos de algún modo profundos para su aparente corta edad.

La noche transcurría tranquila en el campamento. Los pacientes dormitaban apaciblemente al interior de la carpa. Hassim se acercó a Nicolai quien merendaba sin prisa su porción de arroz aderezado con azafrán. El viejo cirujano se sentó a su lado mientras le daba un sorbo a su recién preparado té turco llamado cay.

—No te quedes satisfecho con tu estado espiritual, muchacho; siempre tienes que avanzar de manera persistente. Debes tener una intención firme para que logres llegar a un estado de conciencia más allá del que te encuentras ahora.

Nicolai apartó su plato, se limpió la boca con su antebrazo y puso atención a las palabras de su ahora mentor.

—Debes mantenerte firme en la búsqueda de la Verdad, independientemente de los credos o religiones que te han sido y que te serán impuestos, para que cuando se presente la oportunidad puedas reconocerla. Deberás estar abierto a la posibilidad, sin importar las calamidades que se puedan asomar en tu vida.

—¿De qué oportunidad habla señor Hassim?

—Para aquellos hombres que buscan con un corazón sincero, tarde o temprano, la vida misma les presenta una oportunidad. La oportunidad de encontrar a un maestro que los guíe por el camino justo que conduce hacia el único propósito de la existencia humana. ¿Cuál crees que sea dicho propósito Nicolai?

Pasaron unos momentos en silencio meditando la pregunta. El cirujano se respondió a sí mismo y para Nicolai:

—El propósito de la existencia del hombre es conocer a Dios.

—Si piensas recorrer solo el camino hacia este propósito, amigo mío... estarás perdido. No tendrás ninguna posibilidad de lograrlo. No encontrarás respuestas en tu búsqueda. Te topará con información, eso sí, mucha información, toda la que quieras y te podrás sumergir entre libros y teorías hasta que te canses. Pero eso no es conocimiento. Mucho menos el conocimiento que te llevará a conocer a Dios.

Después de dudarlo un segundo, el chico se atrevió a preguntar:

—¿Usted es un maestro, señor Hassim?

El anciano sonrió y se detuvo para beber cay.

—No. No soy un maestro, Nicolai. Simplemente he recorrido un camino por muchos años, y ahora, dada tu necesidad y búsqueda, te he compartido algunas cosas para que te puedas dar cuenta de que existe algo más allá de lo que te han enseñado desde que eras pequeño. He puesto en tus manos solo fragmentos de la sabiduría misma que he recibido de mis diferentes maestros.

—Bueno, pero tal vez usted me podría enseñar lo que sabe. Yo le puedo seguir ayudando en sus labores. ¿No puede pedir que

siga trabajando con usted y así podría continuar aprendiendo de la enseñanza?

—Escúchame atentamente, Nicolai —le dijo en tono severo—. No podrás encontrar respuesta a las preguntas que te has hecho en tu interior, o más bien, no podrás recorrer el camino que buscas a menos que tomes contacto con un maestro. Incluso hasta los hombres más santos han vivido bajo la guía de maestros. Como te he dicho, solo no llegarás a ninguna parte.

El viejo Hassim se concentró para recordar las palabras de uno de los más grandes maestros que han existido, lo recitó así:

—«Oh buscador que deseas encontrar la salvación, lo primero que debes hacer es buscar un maestro, que verá tus faltas y te las mostrará. Podrás viajar a lo largo y ancho de este mundo para escaparte de ti mismo, pero solo un maestro te salvará de la tiranía de tu ego».

—Difícilmente lo lograrás también por medio de la religión, por cierto, debes saber que pronto tendrás que convertirte al islam, igual que el resto de los esclavos. Por último —concluyó con voz triste—. Lamentablemente muchacho, no podremos estar más juntos. Nuestro camino tendrá que separarse dentro de poco tiempo.

6

Pasaron alrededor de la hermosa ciudad turca de Edirne. Hassim explicó a su aprendiz la función que tenían los altos minaretes que se apreciaban desde lo lejos, refiriéndose a las grandes y delgadas torres ubicadas al costado de las mezquitas.

—Desde los minaretes —le dijo— se anuncia la llamada a la oración por parte del almuecín, cuya voz resuena entre los fieles del islam recordándoles sus deberes religiosos. También sirven para guiar a los viajeros hacia las ciudades, por las noches se colocan antorchas en las torres para que tengan una mejor orientación durante los recorridos nocturnos.

—Nicolai, buen amigo —se dirigió de nuevo en tono reservado—. Nos encontramos prácticamente en las puertas de Estambul. Nuestro viaje juntos está por terminar. En cualquier momento vendrán por ti para reclutarte con los demás esclavos y llevarte mañana temprano al Aghá de los jenízaros.

La mirada del chico bastó para dar a entender al viejo, que no entendía nada de lo que había mencionado al referirse a los jenízaros, o bien, a lo que fuera que significase ser el Aghá de los mismos.

—Los guerreros jenízaros, o *yani çeri* como se pronuncia en turco, son el orgullo del Imperio otomano y del sultán, de hecho, una parte de ellos son su prestigiosa guardia personal. Los jenízaros son temidos al interior y sobre todo fuera de las fronteras en territorio enemigo. Han sido reconocidos y valorados por su gran disciplina y ferocidad en el campo de batalla. Un guerrero jenízaro es considerado como el soldado perfecto.

—¿Acaso el comandante Murat y los soldados que nos capturaron, eran guerreros jenízaros?

—¡No! ¡De ninguna manera! —respondió divertido Hassim—. Dentro del ejército del Imperio hay muchos cuerpos militares, de los cuales los guerreros jenízaros son la élite.

—Murat y su escuadra militar son considerados como akinjis. No son más que mercenarios cuya función es aterrorizar a los pueblos en las fronteras del Imperio. Realizan incursiones en territorios enemigos en donde llevan a cabo saqueos y actos de rapiña. Este es su único propósito, además de contribuir con el reclutamiento de esclavos bajo el mandato Devşirme, como ha sido el caso de ustedes. Digamos que son invasores asaltantes indisciplinados con uniforme militar.

—Entonces —dijo un tanto asombrado—. He sido capturado para formar parte del ejército como guerrero jenízaro ¿Al servicio del sultán?

—No precisamente —sonrió el cirujano—. Todos ustedes, primero serán llevados al mercado de esclavos en Estambul. Mañana

desde temprano revisarán los registros del escribano jefe, confirmando que los presos no hayan enfermado o muerto.

—Después serán presentados al Aghá de los jenízaros para ser examinados por otros cirujanos además de mí. Los muchachos mejor parecidos serán asignados al palacio, recibirán educación en las escuelas; Los físicamente fuertes serán designados a trabajar en los jardines del palacio; las mujeres serán vendidas a un mercader de esclavas con la posibilidad de ser llevadas al harem del sultán. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes serán asignados al cuerpo de los jenízaros u otras áreas de infantería menos prestigiosas. Pero antes de que se vayan a sus respectivos destinos, se circuncidará debidamente a todos los muchachos, sin excepción.

—Bueno, al menos ya no tendré que enfrentarme a esa parte —dejó escapar una media sonrisa para animar al viejo.

—Ya lo creo, Nicolai. Pero todo no termina ahí, aquellos que son asignados al cuerpo de jenízaros, serán sometidos a una instrucción muy particular: Primero serán vendidos por una moneda de oro a granjeros o agricultores turcos a lo largo de la región de Anatolia. Allí permanecerán unos cuantos años, en donde tendrán que realizar pesados trabajos físicos. Aprenderán las bases del islam a través del contacto cotidiano con sus amos temporales. Como ahora sabes, el islam es la religión dominante en el Imperio. Al convivir con las familias turcas aprenderán igualmente el idioma turco. Aun después de este trabajo, habrá muchas otras selecciones y pruebas que deberán superar, antes de formar parte en los barrancones o escuelas de los novatos, donde solo entonces comenzarán los entrenamientos para convertirse en un verdadero guerrero jenízaro.

Nicolai sabía que no tenía mucho tiempo más con el médico Hassim. El ambiente en la caravana estaba agitado, mensajeros iban y venían, todo estaba dispuesto para la entrada en Estambul. Hasta el mismo cirujano parecía un tanto inquieto. El chico reunió valor para decir lo que sentía.

—Señor Hassim, antes de que suceda cualquier otra cosa, le doy gracias por su cuidado, enseñanza y amistad. Me hizo sentir libre en estos días, a pesar de mi condición de esclavo.

El médico lo abrazó.

—No somos tan diferentes como piensas, Nicolai. Seguramente nos volveremos a ver. *¡In shaa Allab!* —pronunció en árabe.

Para sorpresa del anciano, Nicolai tradujo en perfecto griego lo que acababa de decir.

—¡Si Dios quiere!

Respondió la reverencia acompañada de una franca sonrisa. Nicolai se sintió afortunado de haber conocido a Hassim. Algo en su interior le insinuó que esto sería apenas el comienzo de un largo camino.

—Siempre, si Dios quiere —concluyó el cirujano.